

Benedicto XVI se dirige a los jesuitas en la Fiesta Jubilar



El sábado 22, día en que la Compañía de Jesús celebra a María como Madre de la Compañía, tuvo lugar en la Basílica de San Pedro (Roma) la celebración central de los Jubileos de Ignacio, Javier y Fabro. Presidió la Eucaristía el Cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado, y con él concelebraron algunos cardenales y obispos, además del P. General y muchos jesuitas de las casas de Roma. Un numeroso público de docentes y estudiantes de nuestras instituciones académicas, religiosas, amigos y bienhechores, llenaba las naves del templo.

Al final de la Misa se hizo presente en la basílica el Papa Benedicto XVI, quien dirigió a los jesuitas el discurso que presentamos a continuación:

Queridos Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús:

Con gran alegría vengo a vuestro encuentro en esta histórica Basílica de San Pedro, después de la Santa Misa celebrada para vosotros por el Cardenal Angelo Sodano, mi Secretario de Estado, con ocasión de los diversos acontecimientos jubilares de la Familia Ignaciana. A todos expreso mi cordial saludo. Saludo en primer lugar al Prepósito General, P. Peter-Hans Kolvenbach, y le agradezco las amables palabras con que me ha manifestado vuestros comunes sentimientos. Saludo a los Señores Cardenales con los Obispos y los sacerdotes y a cuantos han querido participar hoy en este acto. Junto a los Padres y Hermanos, saludo también a los amigos de la Compañía de Jesús aquí presentes, entre ellos los muchos religiosos y religiosas, los miembros de la Comunidad de Vida Cristiana y del Apostolado de la Oración, los alumnos y exalumnos con sus familias de Roma, de Italia y de Stonyhurts en Inglaterra, los profesores y estudiantes de las instituciones académicas, los numerosos colaboradores y colaboradoras. Vuestra visita me ofrece la oportunidad de dar gracias con vosotros al Señor por haber concedido a vuestra Compañía el don de hombres de extraordinaria santidad y de excepcional celo apostólico como son san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier y el beato Pedro Fabro. Ellos son para vosotros los Padres y los Fundadores: es justo, por eso, que en este año centenario los recordéis con gratitud y los consideréis como guías luminosas y seguras de vuestro camino espiritual y de vuestra actividad apostólica.

San Ignacio de Loyola fue primero que todo un hombre de Dios, que puso lo primero en su vida a Dios, su mayor gloria y su mayor servicio; fue un hombre de profunda oración, que tenía su centro y su culmen en la Celebración eucarística diaria. Así ha dejado a sus seguidores una preciosa herencia espiritual que no se debe perder u olvidar. Precisamente porque fue hombre de Dios, san Ignacio fue un fiel servidor de la Iglesia, en la que vio y veneró a la esposa del Señor y madre de los cristianos. Y del deseo de servir a la Iglesia de la manera más útil y eficaz nació el voto de especial obediencia al Papa, que él mismo calificó como “nuestro principio y principal fundamento” (Constituciones de la Compañía de Jesús, p. I,162). Que este carácter eclesial, tan específico de la Compañía de Jesús, siga estando presente en vuestras personas y en vuestra actividad apostólica, queridos Jesuitas, para que podáis afrontar con fidelidad las urgentes actuales necesidades de la Iglesia. Entre éstas me parece importante señalar el compromiso cultural en los campos de la teología y de la filosofía, ámbitos tradicionales de presencia apostólica de la Compañía de Jesús, al igual que el diálogo con la cultura moderna, que si por una parte ofrece progresos maravillosos en el campo científico, está fuertemente marcada por el cientismo positivista y materialista. Ciertamente, el esfuerzo de promover en cordial colaboración con las demás realidades eclesiales, una cultura inspirada en los valores del Evangelio, requiere una intensa preparación espiritual y cultural. Precisamente por eso, san Ignacio quiso que los jóvenes jesuitas fueran formados durante largos años en la vida espiritual y en los estudios. Es preciso mantener y reforzar esta tradición, dada la creciente complejidad y vastedad de la cultura moderna. Otra gran preocupación para él fue la educación cristiana y la formación cultural de los jóvenes: de aquí nace el impulso que dio a la institución de los «colegios», los cuales, después de su muerte, se difundieron por Europa y el mundo. Continuada, queridos Jesuitas, este importante apostolado manteniendo inalterado el espíritu de nuestro Fundador.

Hablando de san Ignacio no puedo evitar el recuerdo de san Francisco Javier, de quien el pasado 7 de abril se celebró el quinto centenario de su nacimiento: no sólo la historia de ambos se entrelazó por años en París y Roma, sino que un único deseo –se podría decir, una sola pasión– les movió y sostuvo en sus, aunque diferentes, situaciones humanas: la pasión de dar a Dios-Trinidad una gloria siempre más grande y trabajar por anunciar el Evangelio de Cristo a los pueblos que lo ignoraban. San Francisco Javier, que mi predecesor Pío XI de venerada memoria proclamó «patrono de las Misiones católicas», entendió que su misión era «abrir caminos nuevos» al Evange-

lio «en el inmenso continente asiático». Su apostolado en Oriente duró apenas diez años, pero su fecundidad se muestra admirable en los cuatro siglos y medio de vida de la Compañía de Jesús, ya que su ejemplo ha suscitado entre los jóvenes jesuitas muchísimas vocaciones misioneras, y todavía hoy existe un reclamo para que se continúe la acción misionera en los grandes Países del continente asiático.

Si san Francisco Javier trabajó en los Países de Oriente, su compañero y amigo desde los años parisinos, el beato Pedro Fabro, saboyano, nacido el 13 de abril de 1506, trabajó en los países europeos, donde los fieles cristianos deseaban una verdadera reforma de la Iglesia. Hombre modesto, sensible, de profunda vida interior y dotado del don de establecer relaciones de amistad con personas de toda clase, atrayendo así a muchos jóvenes a la Compañía, el beato Fabro pasó su breve existencia en diversos Países europeos, especialmente en Alemania, donde tomó parte por orden de Paulo III en las dietas de Worms, de Ratisbona y de Spira, en coloquios con los jefes de la Reforma. Tuvo así ocasión de practicar de manera excepcional el voto de especial obediencia al Papa «circa misiones», convirtiéndose para todos los jesuitas del futuro en un modelo a seguir.

Queridos Padres y Hermanos de la Compañía, hoy miráis con particular devoción a la Bienaventurada Virgen María, recordando que el 22 de abril de 1541 Ignacio y sus primeros compañeros emitieron lo votos solemnes ante la imagen de María en la Basílica de San Pablo Extramuros. Que María siga velando sobre la Compañía de Jesús para que cada uno de sus miembros lleve en su persona la «imagen» de Cristo Crucificado para tener parte en su resurrección. Aseguro para esto un recuerdo en la oración, mientras imparto gustoso a cada uno de vosotros aquí presentes y a toda vuestra familia espiritual mi bendición, que extendiendo también a todas las demás personas religiosas y consagradas que han participado en esta Audiencia.

(Traducido del original italiano por Juan Miguel Zaldúa, S.J.)